

RIVA
PALACIO

AGINA
EN
VERSO

PQ7297
.R46
P3



1020028353

Covarrubias

PAGINAS EN VERSO

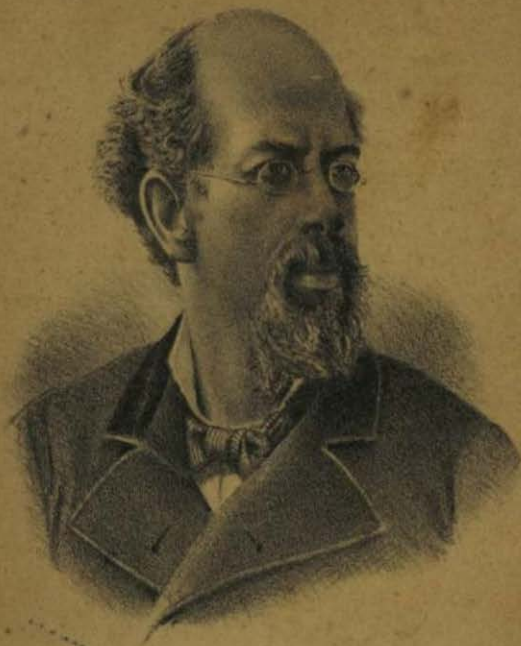


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FOND.
RICARDO GONZALEZ

TIP. DE J. BARBIER, 2^a DE SAN LORENZO. — MÉXICO



J. R. Pagan

VICENTE RIVA PALACIO

PÁGINAS EN VERSO



100271

LIBRERIA LA ILUSTRACION.
12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.

MEXICO.—1885.

45320

M. 861
R. 60

PA 7297

R 46

P 3

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

PROLOGO.

FORMAR un libro: ver cómo se reducen á breves páginas impresas los abultados cuernos manuscritos; satisfacer siquiera sea momentáneamente la voracidad de la tipografía; multiplicar los ejemplares de una producción que de otra manera quedaría expuesta á innumerables accidentes, hasta á su total desaparición; reunir lo que está disperso en hojas que rara vez alcanzan vida duradera y que muy pocos pueden consultar; ofrecer á los cultivadores de las letras un volumen de útil ó de amena lectura, he aquí uno de los entretenimientos más gratos que he hallado desde los primeros días de mi juventud. El labrador que, día á día mira con interés brotar, crecer y fructificar sus sementeras; la dama que con cariño vé cómo se des-

arrollan y florecen en los tiestos las plantas por ella cultivadas; el sericultor que con afán contempla las transformaciones que va sufriendo el gusano que encerrado en el suave capullo acaba por proporcionarle sedoso filamento, no tienen el interés, el cariño y el afán que consagro á la tarea desde el momento en que me propongo dar á la estampa un nuevo libro, propio ó ajeno. De esta afición que alguno llamará monomanía, no tengo qué avergonzarme; por eso no procuro desarraigála de mi espíritu. Veo que si bien no me beneficia, en cambio no daña á la sociedad, porque para ésta son útiles los libros, como no lo son en su mayor parte, decirlo es preciso, las publicaciones periódicas que tanto abundan.

El periódico es enemigo del libro; el periódico es á la literatura, lo que es al arte el cromo. Vulgarizador incansable,—negarle esta cualidad sería por demás injusto,—el periódico en las sociedades modernas desempeña un papel importantísimo, especialmente si se trata de inculcar teorías políticas, económicas ó religiosas. El periódico entra á las cabañas lo mismo que á los palacios, y, como la cromolitografía pone al alcance de los desheredados las copias más ó menos fieles de

los cuadros cuyos originales sólo pueden comprar los gobiernos ó los potentados, así el periódico proporciona lectura aun al mendigo que jamás llegará á poseer un libro. Pero, en cambio, el periódico casi nunca proporciona instrucción sólida y profunda, ni puede quedar como documento de una literatura. En él, lo que tiene cierta extensión no cabe; en él los asuntos de actualidad, por banales que sean, son los preferidos; en él la política ostenta sus cancerosas llagas, la pasión desbordada, la difamación, ó el panegírico del adulador rastreo; todo lo que daña con mayor ó menor lentitud pero con la seguridad con que llega una sustancia venenosa á minar la constitución del individuo, mina así el periódico, á manos impuras confiado, el cuerpo social. De ello no es tan responsable el periodista como la sociedad misma, que no quiere nutrir su espíritu con lecturas sanas, como aquellos individuos que, por haberse extragado con alimentos por todo extremo excitantes, llega un dia en que su paladar sólo puede adaptarse lo que á los no perversos causa repulsión invencible.

El libro, como que exige por parte del autor facultades y conocimientos que no todos poseen, y como que su impresión es más cos-

tosa, no puede ser empleado con la facilidad que el periódico en difamar ni en adular. Un artículo de actualidad y un suelto de gaceti-lla, los escribe cualquiera, ó si no sabe hacerlo sobra quienes por mezquina retribución lo hágan. Para los maldicientes y para los que con agrado los escuchan, no hay mejor medio de comunicación que el periódico. El libro es buscado por los que cultivan las bellas letras, por los que desean instruirse, por los que no quieren tomar parte en los combates que las pasiones libran en el seno de los pueblos, y el periódico por los que están ávidos de noticias de sensación, que olvidan tan pronto como una nueva llega á sus oídos. Escríbese el libro con detenimiento, con reflexión, y el periódico al correr de la pluma, con apremio. De aquí que no puedan resistir un análisis serio las producciones á que el último da ca- bida.

Pero aun cuando el periódico llenase las condiciones todas que el arte literario trae aparejadas, ¿goza acaso de larga vida? ¿lo conservan y guardan muchos?

El libro tiene preeminencias que nadie puede negarle. Por su forma, es más manua-ble; por su costo más digno de estima; por su contenido va, á medida que los años trascu-

ren, sirviendo de alimento intelectual á sub-secuentes generaciones.

Registrad las obras de los poetas y pensa-dores, y vereis recopilados en ellas, formando ya libros, los artículos sueltos con que cada autor ha contribuido á satisfacer las exigen-cias de la prensa periódica, y ésto, después de haber limado esas producciones, después de desechar lo que no merece conservarse, lo que no honra, lo que no puede contribuir á dar celebridad.

Si he establecido en lo que precede un pa-ralelo entre el periódico y el libro, no es cier-tamente con el ánimo de condenar en abso-luto la existencia del primero, sino con el fin de patentizar, que al dar á luz este libro, que tantas bellezas encierra, salvo á éstas de las contingencias á que están sujetas las poesías que no llegan á coleccionarse. Las del gene-ral Riva Palacio no necesitan, en verdad, ir precedidas de un prólogo ajeno. Escríbense por lo común, los prólogos, con el propósito de prevenir al lector favorablemente, desper-tando su interés con la enumeración de las buenas cualidades que el prologuista cree ha-ber descubierto en un autor. Dicho queda con ésto que no son las poesías del Sr. Riva Palacio las que háyan menester de un prólo-

go encomiástico, y mucho menos debido á mí, que no podré ser nunca juez tratándose de un autor á quien me liga antigua y muy íntima amistad. Por imparciales que mis apreciaciones fuesen, negaríaseles esta cualidad de que el crítico no debe jamás despojarse, ni aun siquiera exponerse á que se la nieguen, dando lugar á que se dude de su rectitud.

En lugar, pues, de escribir un prólogo del género de los que preceden á la mayor parte de los libros de versos, voy á explicar al lector algo que necesita saber, antes de encontraren la presente colección de poesías algunas que llevan la firma de ROSA ESPINO, con que aparecieron primitivamente y con que han sido reproducidas dentro y fuera de nuestra patria.

Redactábamos en 1872 varios amigos y yo un periódico político: *El Imparcial*. Siguiendo la costumbre establecida entre nosotros, amenizábamos la publicación con piezas literarias nacionales y extranjeras, en los números de los domingos, y creímos que para imprimir á la sección consagrada á las bellas letras, cierto interés, nada sería más á propósito que suponer ó fingir la existencia de una poetisa mexicana, ocultando su personalidad en el misterio de un seudónimo.

Encargóse el general Riva Palacio de escribir las poesías, y lo hizo con tan feliz éxito, que en breve el nombre de la incognita cantora era repetido con entusiasmo, no ya por los simples aficionados al arte y por las damas, sino por los literatos más renombrados. Recuerdo que una noche, en el LICEO HIDALGO, que á la sazón era presidido por el ilustre Ramirez, por el *Nigromante*, el Sr. D. Anselmo de la Portilla, aquel eminente escritor español cuya muerte nunca acabaremos de llorar, presentó una proposición para que á ROSA ESPINO se le extendiese el diploma de socia honoraria del LICEO. El Sr. de la Portilla fundó su proposición, haciendo el más cumplido elogio de la poetisa colaboradora del *Imparcial*, y como en cada socio del LICEO tenía ella un entusiasta admirador, por aclamación fué acordado el nombramiento, comisionándoseme para remitírsele, toda vez que por conducto mío hacía llegar al *Imparcial* sus bellísimas producciones. El Sr. de la Portilla, dirigiéndose al general Riva Palacio que estaba allí presente, sin hacer demostración alguna, le dijo: "Para escribir como Rosa Espino escribe, se necesita tener alma de mujer, y de mujer virgen. Esa ternura y ese sentimiento no los expresa así ja-

más un hombre.” No creo necesario decir que el general Riva Palacio conserva el diploma de que acabo de hablar.

Los romances, apólogos y cantares de ROSA ESPINO, fueron día á día adquiriendo mayor boga y celebridad. Poetas hubo que dedicaran composiciones á aquella joven inspirada; la prensa de la capital y la de los Estados, se apresuraba á reproducir cuantas el *Imparcial* publicaba; todos ansiaban conocer á la que con dulzura y corrección tan grandes, manejaba los más difíciles géneros poéticos.

Más tarde, en 1875, conservando todavía en el misterio la existencia de ROSA ESPINO, reuní en un tomo sus composiciones, intitulándolas *Flores del Alma*, y las publiqué con un prólogo. Agotóse en breve la edición, y desde entónces hasta hoy, con inusitada frecuencia, vemos reproducir esas poesías por la prensa toda de la República. ¡Cuántas veces aun los más encarnizados enemigos políticos del general Riva Palacio, han tributado á sus poesías ardentísimos elogios ignorando que ROSA ESPINO es éll

¡Cosa singular! Mientras que en la República ignoran muchos todavía, éste que me atreveré á llamar *fraude literario*, en Euro-

pa se sabe años ha la verdad. Dígalo si no el siguiente pasage que tómo de un artículo publicado en la *Revista de Andalucía* por el distinguido escritor Fernández Merino.

“Hay en la vida literaria de Riva Palacio, un período, mejor dicho una manifestación, que da clara idea del carácter de su poesía. Un día fué en que los literatos de México se vieron agradablemente sorprendidos: había saltado al palenque una mujer que bien á las claras se veía; contaba con fuerzas bastantes para luchar con ventaja al par que los demás hijos de la musas; mas nadie la conocía, nadie sabía quién era la incógnita que desde luego daba tan clara idea de su talento, por la perfección de las composiciones que presentaba: principiaron los cálculos y las conjeturas, y no faltaron críticos que negaran á aquella musa femenina, que podía serlo en cuanto á la delicadeza de la forma, más nunca por el alcance profundo de sus ideas. No queremos decir con ésto que falten mujeres cuyo talento deje de alcanzar al indicado punto; mas sabido es desde el principio, que nunca las metrificadoras se ocuparon de otra cosa que de lo que es puramente bello, y hacen bien. Como nada puede estar oculto por mucho tiempo, resultó al fin que aquella

Rosa Espino no era otra que el general Vicente Riva Palacio, que por un capricho de genio tomó el nombre de mujer, del mismo modo que á sus robustas y profundas ideas cubría con la flotante túnica que mórvidas formas dibujó, ó el ríjido brial de púrpura, señal de distinción y alta prosapia.

“Dejóse de amar á la ignota Rosa Espino y se admiró al punzante satírico del *Ahuizote*: dejóse de ensalzar á la mujer y se criticó al hombre, que es también lo que nosotros vamos á hacer, esto es, á emitir el juicio que sus bellas composiciones nos merecen. *Los Apólogos, Romances y Cantares* que en el precioso libro titulado *Flores del Alma* nos presenta, son modelos todos de buen decir; gracias, ternura y encantos.”

Las razones en que me he fundado para no expresar juicio alguno crítico acerca de las *Páginas en verso* que va á recorrer el lector, me obligan también á no transcribir en este prólogo las opiniones autorizadas que han reconocido y proclamado las excelencias de las poesías del general Riva Palacio. Y crea el lector que importa para mí un verdadero sacrificio prescindir, en ocasión coma esta, de exponer mis ideas respecto al género poético á que pertenecen las composiciones que

van precedidas de estas líneas. ¿Qué momento más oportuno que el presente, para recordar, aun cuando fuese á grandes rasgos, la historia de la lírica en México, apreciando sus progresos, examinando sus tendencias, censurando sus imitaciones casi serviles durante largos períodos, y ver como ha ido emancipándose en la segunda mitad del siglo actual? ¿En dónde mejor que al frente de estas páginas, hijas de una inspiración americana, podría decirse á la juventud que aun no fija sus ideales artísticos, cómo se realiza lo bello dentro de lo natural y sencillo; cómo se contribuye á la formación de una literatura propia, esencialmente nacional, reflejando en los diversos matices de la poesía objetivo-subjetiva los encantos peregrinos de nuestra rica naturaleza y haciendo predominar el sentimiento propio de nuestra raza, y conforme con nuestro modo de ser? ¿Cuándo si no ahora debía esgrimir las armas que en copioso arsenal posee la crítica, hasta lograr el aniquilamiento del neogongorismo y las exageraciones de los que á toda costa, á toda hora, y en todo lugar, señalan al arte misión docente?

Si pudiera entregarme, sin quebrantar los propósitos que yo mismo me impuse, á ese

género de consideraciones, y muy principalmente á las que tienden á desarraigar los errores de los sectarios del trascendentalismo en literatura ¡con qué convicción tan profunda defendería yo el sensato realismo que resplandece en las *Páginas en verso* del general Riva Palacio! Porque estoy seguro de que muchos, siguiendo la hoy común corriente, con afectado desdén respecto á la forma, explanando teorías por todo extremo peligrosas para el arte, cuyo fin principal es la realización de lo bello, dirán que echan de menos en este volumen de poesías, las dudas filosóficas que roen el espíritu en los tiempos que alcanzamos, la exposición de los problemas sociológicos cuya solución preocupa y absorbe á los grandes pensadores, en una palabra, lo que llena el cerebro dejando vacío el corazón.

Sensible es por cierto, y mucho, para mí, verme estrechado á girar en el círculo que, por consideraciones de que no pude prescindir, me tracé yo mismo; porque nunca mejor que hoy que parece que nos ha tocado presenciar el combate de las más opuestas ideas, debería cada uno poner al servicio de las suyas todo su esfuerzo, toda su actividad para obtener el vencimiento.

Mas ya que no me es dado presentarme como gladiador, ya que el papel reservado para mí en este libro es el de mero compilador, y una vez que expliqué ya por qué formé este volumen, séame lícito dar fin á mi desaliñado prólogo, con las palabras mismas con que un crítico eminente expresó, con atinado juicio, las razones que deben tener presentes, antes de emitir un fallo, los que examinen un libro de poesías en que no campee lo trascendental ó docente.

“La poesía dulce, apacible y delicada,—dice el crítico á quien me refiero,—no vale menos que la que posee opuestas cualidades. No es cierto que sólo sea legítima la que encierra elevadas concepciones ó expresa enérgicos y acentuados sentimientos. La inspiración poética que sólo excluye lo vulgar y lo repugnante, no tiene esos límites que arbitrariamente le trazan los que confunden el valor estético y el valor social de la obra de arte. Si bajo el punto de vista de su importancia extra-artística, pueden preferirse una oda de Fray Luis de León ó una epístola de Rioja, á una égloga de Garcilaso, bajo el aspecto del arte, tal distinción sería infundada. Cree belleza el poeta; cause en el ánimo del que escucha sus cantos el deleite que lo bello

engendra, y habrá cumplido su misión. Si á esto agrega un pensamiento trascendental ó un interés del momento, poseerá, sin duda, una perfección más su obra; pero si de ella carece, nada habrá perdido como obra de arte. La belleza, por otra parte, tiene muchas formas, todas igualmente legítimas y que no se excluyen. Que la tempestad sea bella, no obsta para que lo sea el arroyuelo; que lo sea el canto del guerrero, no impide que haya belleza en la endecha de la doncella enamorada. Poetas habrá de enérgicos alientos y ánimo gigante que sólo se complacerán en cantar lo grandioso, lo terrible y lo trágico; otros, por el contrario, preferirán inspirarse en la belleza de lo sencillo y de lo tierno. Injusto fuera establecer diferencias entre unos y otros, y negar á los segundos el lauro que se otorga á los primeros."

México, Junio 30 de 1885.

FRANCISCO SOSA.

La luz y las flores.

Tras una noche templada
De la dulce primavera,
Grata, apacible, dorada,
Salió al fin con la alborada
Del sol la luz hechicera.

Trinaron los ruiseñores
Y las fuentes murmuraron,
Y los vientos bullidores,
Entre las pintadas flores,
Mansos y alegres pasaron.

Y se escuchó en la pradera,
Entre perfumes suaves,
Cántiga alegre y parlera
Que alzaban á su manera
Flores, aguas, vientos y aves.